

LA REFORMA DE LA IGLESIA EN LOS ESTADOS UNIDOS:

¿demasiado tarde?

W. A. OSBORNE

Nota introductoria de la redacción

En este artículo, el profesor William A. Osborne, doctor en filosofía y profesor de sociología en la Universidad St. John, Nueva York, estudia, desde un punto de vista sociológico, las razones de las tensiones en la Iglesia de los Estados Unidos. Las estructuras, dice, cambian demasiado lentamente, si se tiene en cuenta la veloz evolución de la reforma religiosa de los individuos y comunidades pequeñas. A veces, como sucede en Holanda, las estructuras son capaces de cambiar rápidamente, minimizando el conflicto, pero el Dr. Osborne indica que en los Estados Unidos las cosas no marchan así.

Queremos subrayar el carácter sociológico del presente artículo y señalar que ciertas afirmaciones y conclusiones del autor carecen de matización teológica. El profesor Osborne no es teólogo, pero a veces las resultantes de sus premisas sociológicas le llevan a afirmaciones de alcance teológico. Más aún, en algún caso concreto, como cuando afirma que en el problema del control de la natalidad está en juego la fe en la infalibilidad de la Iglesia, o cuando opone el valor teológico a la experiencia religiosa en la misma, las conclusiones de lo sociológico pueden desorientar al lector si no se toma en cuenta que son conclusiones de matiz sociológico y no teológico. El profesor Osborne no pretende enjuiciar la situación en los Estados Unidos desde un punto de vista doctrinal, sino que intenta analizar las distintas actitudes existentes entre los católicos del país, frente al proceso de reforma iniciado por el Vaticano II.

Además, el autor propone como solución viable de la crisis en los Estados Unidos la "institucionalización del conflicto". Esto quiere decir una franca, sincera y caritativa confrontación de los distintos puntos de vista vigentes en la Iglesia. A primera vista esta institucionalización del conflicto puede aparecer como la negación del diálogo fraternal; sin embargo, creemos que dicha institucionalización es un elemento esencial del diálogo eficaz, aunque no el único elemento. El amor y el deseo de unión han de guiar el diálogo, pero de ninguna manera deben ser una escapatória que nos permita minimizar los diferentes puntos de vista en diversos sectores de la Iglesia.

Con todo esto, nos mueve a publicar este trabajo el creer que, aparte de ofrecer un buen análisis de una situación de hecho, representa una contribución notable a la reflexión actual sobre la Iglesia. Aunque sólo trata de la situación de un país, nos ofrece, sin embargo, una serie de tendencias que en mayor o menor grado pueden observarse en otros muchos, entre ellos España. Aunque quizá, por el retraso con que encarnamos las revoluciones ideológicas, no sientan aún algunos el problema como propio. Pero como antes o después lo hemos de vivir, no estaría de más que comenzásemos todos a aceptar el proceso dialéctico y doloroso en que se han de embarcar nuestras estructuras, antes de llegar a una síntesis beneficiosa para nuestra Iglesia, que entonces será capaz de hablar en el lenguaje que los hombres entienden.

Agradecemos a IDO-C (Centro de Información y Documentación sobre la Iglesia conciliar, Via S. Maria Dell'Anima 30, Roma) su gentileza al permitirnos la publicación del presente resumen del artículo del profesor Osborne, aparecido en su número Doss. 67-13, Publ. 16-4-67.

La reforma que ha traído consigo el Concilio Vaticano II ha ido adquiriendo matices diversos según se ha ido encarnando en la idiosincracia de cada pueblo. Desde un punto de vista sociológico, ¿cuál es exactamente la naturaleza del cambio que ahora se opera en las diócesis de los Estados Unidos? ¿Qué es lo que está cambiando: el comportamiento, la fe, las normas, los valores...? Intentemos dar una respuesta.

distinción entre reforma religiosa y reforma eclesiástica

Constatamos que en los Estados Unidos la reforma religiosa precede cronológicamente y en importancia a la reforma eclesiástica. Esto se debe ante todo, a los influjos externos que reciben los individuos (especialmente los medios de comunicación) y que les impulsan a actuar por su cuenta.

La reforma eclesiástica pertenece a un orden distinto. Sus actividades *de facto* parecen centrarse en problemas tales como la formulación de líneas de conducta, la creación de comisiones, comités... Hay muchos intereses y las fuerzas de cambio chocan con las rocas de la edad, la experiencia y la diplo-

macia. El cambio en el ámbito de la burocracia siempre es lento e incierto. Mucha gente cree que ambos tipos de cambio van, o al menos deberían ir, de la mano. Quizá haya quien afirme que la Iglesia controla y dirige la reforma religiosa; sin embargo, después de estudiarlo detenidamente, sostengo que ambas fuerzas proceden casi con total independencia. Y no sólo eso, sino que han llegado a entrar en conflicto (en las diócesis de Los Angeles y Milwaukee por ejemplo) y todos los pronósticos indican que se producirán ulteriores conflictos.

reforma religiosa: los cambios

Los cambios están ya en curso, irreversiblemente, y escapan al control de la Iglesia oficial. Han cambiado elementos esenciales en una institución religiosa, como son las normas, los valores y el ritual, por lo que las estructuras tendrán que evolucionar a su vez para restaurar el equilibrio y conservar su función. Comencemos por las normas, o lo que es lo mismo, por los controles de comportamiento de los miembros de la institución.

a) El control de natalidad

La prohibición de usar métodos anti-conceptivos artificiales ha sido una nor-

ma aceptada durante generaciones por los católicos, sin la menor objeción. La fuerza de la norma que regía la conducta sexual matrimonial radicaba en las sanciones que la acompañaban. La violación de la norma era pecado mortal y eso suponía el infierno, si no se perdonaba a tiempo.

Hasta hace cuatro años, o tal vez menos, nadie se habría atrevido a discutirlo. Hoy día no creo que nadie pueda dudar que la discusión universal, abierta y franca sobre este problema, ha afectado seriamente a la norma. Ante todo, ya no se habla de las sanciones. La mayoría de los sacerdotes prefieren hoy exhorta al ascetismo matrimonial y a la virtud heroica de la abstinencia, cuando no se desean más hijos. Aunque esta norma problemática no es más que un aspecto del catolicismo, que ni siquiera es fundamental, no cabe duda de que todos somos conscientes de que ya es algo más lo que está en juego. El rigorismo anterior derivaba de la suposición de que la norma provenía de la ley natural, a la que sólo la Iglesia tenía acceso. Existía una fe en el hecho de que la Iglesia no podía estar equivocada a ese respecto. Ahora, la realidad del debate público abre una brecha en esa fe, al menos para los que han seguido de cerca el debate. Todo lo que podemos hacer es proponer la hipótesis de que con la disolución de esa norma y la consiguiente disolución de la fe en la infalibilidad, los católicos, gracias a la influencia de su comportamiento colectivo, están dando nueva forma a la naturaleza de la autoridad eclesiástica.

b) La asistencia a misa

Va desapareciendo poco a poco el sentimiento de culpabilidad que experimentaba el católico cuando perdía la misa, aunque la costumbre siga manteniendo la práctica. La misa por sí misma, a excepción de los domingos, atrae a muy pocos jóvenes católicos. Es cierto que cuando se celebra como culminación de una reunión en la que reina

una atmósfera de comunidad o fraternidad y se persigue un objetivo religioso, la misa atrae a numerosas personas. Esto parece sugerir que la misa se está convirtiendo en una función de comunión o fraternidad.

Hemos hablado de la asistencia a misa como norma, pero se trata en realidad, de lo que constituye el centro del ritual del catolicismo. El ritual es la religión en acción; el ritual lleva a la práctica lo que la religión se propone. Según eso, lo que acontece en la misa, o en torno a ella, tiene más importancia para el futuro de la Iglesia católica que lo que sucede en las estructuras o en la curia.

En los últimos años ha surgido una cierta variedad de tipos de misa. La norma acerca de esto era, hace cinco años, intangible. Actualmente nos encontramos con toda una serie de tipos de misa, de las más sencillas a las más complicadas. En un extremo tenemos lo que yo llamo "misa de las catacumbas" y que es imposible de distinguir de un servicio protestante. Se celebra en una casa privada, sin ornamentos, con pan y vino normales. Todos están sentados alrededor de la mesa. Se cantan himnos de tipo folklórico y los participantes se dan la comunión unos a otros. En el extremo opuesto está la misa concelebrada por el obispo y varios sacerdotes en la forma solemne acostumbrada. La gama existente entre estos dos tipos de misa es enorme.

El problema con el que se encuentran los sociólogos, ante este fenómeno, es el de construir una tipología de las personas que asisten a una clase especial de misa, y dónde y por qué. Una categoría de esa tipología incluiría a aquellos cristianos que buscan la fraternidad o la comunidad en torno al ritual central: la misa o el servicio. Las encuestas muestran que en esas sesiones esotéricas sus miembros viven la misa en forma nueva y única. Pierden el miedo y el sentimiento de culpabilidad

de dejar la misa parroquial. Por lo que a ellos se refiere, la norma ha desaparecido. Muchos de los pertenecientes a esta minoría han asistido a un ágape o a un servicio organizado protestante, sin que les preocupe su valor teológico, porque han experimentado allí lo que es la comunidad cristiana y han vivido una auténtica experiencia religiosa.

En el centro de la institución católica están, en cambio, las comisiones litúrgicas oficiales que se presume dirigen los cambios en el ritual. Se limitan a dar normas sobre las rúbricas de la misa, pero los cambios verdaderamente significativos se producen en el otro extremo, donde su voz suena demasiado lejana para ser oída.

c) Obediencia a la autoridad eclesiástica

También hay otras normas que van desapareciendo, pero que por ser más conocidas me limitaré a esbozarlas. La obediencia ciega debida al obispo ha dejado de ser ciega. En los últimos dieciocho meses he contado más de cincuenta oposiciones directas de sacerdotes a las directrices de sus obispos. Son sacerdotes verdaderamente cristianos que muestran un respeto auténtico por su obispo en cuanto fuente inmediata de sus poderes sacerdotales, pero están dispuestos, a menudo, a sacrificar su sacerdocio ante las exigencias de su conciencia en un asunto serio.

d) El problema de las vocaciones

El valor que la juventud atribuía antes al sacerdocio parece estar eclipsándose, a juzgar por las estadísticas de vocaciones. Ha aumentado, por otra parte, el porcentaje de los que abandonan el seminario, lo que recrudece el problema.

Conclusiones e hipótesis

¿Cuál es el camino que seguirán estos dos procesos de reforma: fusión, choque, divergencia?

a) Un proceso de cambio profundo

Hemos visto que está ya en curso un proceso de cambio profundo. La misión de la Iglesia oficial se presenta como marginal o *ex post facto*. En la mayor parte de las diócesis que hemos estudiado se hacen los planes de reforma con excesiva lentitud y se concede mínima importancia al diálogo.

b) Una situación de conflicto

Parece necesario, en la distinción teórica entre reforma religiosa definida como cambio en las normas, los valores y los objetivos, y reforma eclesiástica definida como cambio en las estructuras y en los procedimientos. Esta distinción parece sugerir algunos puntos de consideración. Por una parte, el proceso de cambio escapa al control de la autoridad. Por otra parte, es lógico que haya que esperar, por parte de la autoridad, una cierta disonancia o incongruencia involuntaria entre sus convicciones y su comportamiento oficial en el plano administrativo. La experiencia demuestra que las instituciones no varían si no actúan sobre ellas presiones externas, o un conflicto dialéctico a largo plazo. Su razón de ser no es la reforma. Por esto, el conflicto es tan natural como inevitable. Eso supuesto, la autoridad debe tener en cuenta este conflicto para adaptarse introduciendo desde arriba, el grueso de la institución para que actúe en la síntesis que se está preparando.

c) La institucionalización del conflicto, solución viable

El problema del control de la misa es el más agudo que hoy tiene la Iglesia ante sí. Lo que nos interesa es el aspecto sociológico y en este campo no hay muchas soluciones que aportar. Pero podemos sugerir la aplicación de una teoría apropiada y hemos de tener delante los datos relativos a la nueva misa. Los que la patrocinan, la ven en forma diversa a los católicos tradicionales, más numerosos. La teoría que hemos de aplicar tenemos que tomarla, pues, del

campo del conflicto social. Quizá lo mejor sería hacer una confrontación franca y sincera de las dos posturas. El que se creen organismos de diálogo favorecerá la resolución del conflicto y producirá la estabilización. Además el conflicto sirve generalmente para dar nueva vida a lo ya existente, adquiriendo nuevas perspectivas. Por el momento la capacidad y el deseo de realizar esto, es muy débil.

Es muy difícil predecir, sociológicamente lo que sucederá, pero ciertamente se corre el peligro de que cualquier tentativa unilateral de un obispo por eliminar o modificar sustancialmente la nueva misa sirva para alienar a los que participan en ella, o para inducir a un "cisma no declarado". Un arzobispo con quien hemos charlado sobre este punto, opina que ese cisma existe ya. He aquí un nuevo proceso que parece estar ya en curso.